

El Espíritu Santo como el óleo de la Antigua y Nueva Alianza

Eduardo Toraño López

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN El aceite, y en particular el óleo perfumado, es signo del Espíritu Santo. Cristo, el Ungido del Padre, recibe después del Bautismo en el Jordán la unción del Espíritu Santo para su ministerio público. Ya los profetas recibieron el Espíritu para su misión, pero son los sacerdotes y reyes los que reciben la unción del Espíritu a través del derramamiento del aceite perfumado sobre ellos. Los sacramentos de la Nueva Alianza expresarán, mediante un rito similar, la novedad contenida en la unción de Cristo, pues el derramamiento del aceite es signo de la acción transformadora del Espíritu que afecta a toda la persona.

PALABRAS CLAVE Óleo, Espíritu Santo, unción, consagración, transformación.

SUMMARY *The oil, and particularly, the scented oil, is sign of the Holy Spirit. Jesus Christ, the Father's anointed, receives the Holy Spirit's unction after his Baptism in order to start his public ministry. The prophets had already received the Holy Spirit for their mission, but the priests and kings are the ones who receive the Holy Spirit's unction through the spillage of the scented oil. The sacraments of the New Alliance will show, through a similar rite, the novelty of the Christ's unction, since the poured out oil is sign of the transforming action of the Holy Spirit that affects the whole person.*

KEY WORDS *Oil, Holy Spirit, unction, consecration, transformation.*

En la parábola de las diez vírgenes (cf. Mt 25,1-13) –evangelio exequial escogido para la Eucaristía-funeral de D. Pablo Domínguez- tener o no aceite es lo que hace posible participar del banquete del Reino. Es lugar común ver en el aceite el símbolo de la gracia, de la presencia del Espíritu Santo. Y esto tanto desde la perspectiva del don del Espíritu (gracia increada) como de la acción transformadora del don en el creyente (gracia creada). Las vírgenes prudentes han conservado el Espíritu Santo recibido. Las necias lo han dilapidado. La gracia recibida está llamada a ser conservada, cuidada y cultivada. Es el don

que se hace presente en la fe que opera a través de la caridad (cf. Ga 5, 6), de las buenas obras (cf. St 2, 17ss)¹.

El creyente que ha recibido el aceite es “ungido” (cristo). Ser “cristiano” significa ser “ungido”: es recibir el Espíritu Santo como don divino y mantenerlo operante hasta el fin de la vida temporal. Ya en la etapa veterotestamentaria el óleo es símbolo de la presencia de Dios que consagra y santifica a los que son ungidos; en la neotestamentaria hay unción, pero no con el signo del aceite, ya que el Signo es el mismo Cristo, el Ungido del Padre.

La Iglesia tomará el aceite como materia sacramental para ungir, pero será el óleo perfumado el que tendrá el poder de santificar y consagrar a los ungidos². Este óleo utilizado por la praxis de la Iglesia es el mismo elemento empleado en el Antiguo Testamento para la consagración, pero con el significado del “nuevo óleo perfumado” que es Cristo, único mediador de la gracia del Espíritu Santo.

1. EL SIMBOLISMO DEL ACEITE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1.1. EL ACEITE, MATERIAL SANTIFICANTE ELEGIDO POR DIOS

En el Antiguo Testamento, el óleo es el material para la unción sagrada. Se trata de un aceite perfumado con aromas (cf. Ex 25,6; 30,23-25) para ungir los lugares donde se manifiesta la presencia de Dios y a los sacerdotes y reyes de la Antigua Alianza.

¿Por qué aceite? El autor del Éxodo insiste en la santidad de este elemento³. Evidentemente, su cualidad santificante no procede de la misma ma-

1 “En la oposición de las cinco prudentes y las cinco necias se manifiesta la división entre creyentes e increyentes” (HILARIO DE POITIERS, *In Mathaeum* 27,3 [Sch 258, 204]). Cf. *In Mathaeum* 27, 1-5 [Sch 258, 202-209].

2 El crisma, óleo perfumado, “significa el don del Espíritu Santo al nuevo bautizado. Ha llegado a ser un cristiano, es decir, ‘ungido’ por el Espíritu Santo, incorporado a Cristo, que es ungido sacerdote, profeta y rey” (CEC 1241). Cf. E. TORAÑO LÓPEZ, *Ungidos por el Espíritu Santo*, vol II, 6ss (Madrid 2009).

3 “Santo es y lo tendréis por cosa sagrada” (Ex 30, 32).

teria, sino de la presencia misteriosa del Espíritu de Dios en ella, conforme al designio divino. Es Dios y no Moisés (cf. Ex 30, 22-23) el que ha pensado en el óleo aromático para la consagración y quien le da su poder santificante. Yahvé es quien dicta cómo ha de ser este aceite⁴. Dios escoge un elemento natural⁵ y lo eleva a una dimensión divina (cf. Ex 31, 11; 35, 8. 15. 28; 37, 29; 39, 38; Nm 4, 16). Por el mandato divino pasa a ser “óleo de la unción de Dios” (Lv 21, 12), “óleo santo” (Nm 35, 25; Si 45, 15).

El misterio de la elección divina no afecta sólo a la materia, sino también al que debe preparar el óleo perfumado. Moisés es el que lo debe hacer, obedeciendo las indicaciones del Altísimo (cf. Ex 30, 22-23; 40, 9). La Escritura es unánime al reconocer el origen divino del óleo santo de la unción: el que unge es Dios (cf. Sal 23, 5; 45, 8; 89, 21; Ez 16, 9) a través de sus enviados que actúan en su nombre (Moisés: cf. Ex 30, 22ss; 40, 1ss; Si 45, 15).

La santidad del material está en función de su poder consacratorio⁶. El aceite consagra la Tienda del Encuentro y el arca del Testimonio, el Santuario (cf. Ex 30, 26-27; 31,11; 40,9; Lv 8,10; Nm 4,16); también los objetos para el sacrificio: la mesa y el candelabro con todos sus utensilios, el altar del incienso y el del holocausto y la pila con su base (cf. Ex 25, 1-3.6.8; 30,26-29; 39, 38; 40,10-11; Lv 8,11; Nm 4,16). La unción de los objetos referentes al culto tiene como finalidad la santificación de estos objetos que van a estar en contacto con el Santo, de este modo pasan del ámbito profano al sagrado.

1.2. EL ÓLEO CONSAGRA A SACERDOTES Y REYES

Junto con los objetos de culto son ungidos los sacerdotes, consagrados para entrar en contacto con Yahvé a través del culto⁷. El rito de la un-

4 “No haréis ningún otro de composición parecida a la suya” (Ex 30, 32).

5 El aceite de oliva, de fundamental valor cultural en Palestina, condimenta las comidas, cura, fortalece y tonifica el cuerpo, lo perfuma; da suavidad y alegría. Para el judío era símbolo de bienestar y de las bendiciones de Dios. Cf. CEC 1293-1294.

6 “Así los consagrarás y serán cosa sacratísima. Todo cuanto toque quedará santificado” (Ex 30,29). Cf. Ex 29, 36; 40, 1-10; Nm 7, 1.10.84.88.

7 Aarón y sus hijos (Ex 29,7-9.21; 30,30-31; 40,14-15; Lv 8,2.12-13.30), el Sumo Sacerdote (Lv 21,10-12; Nm 35,25). En Ex y Lev hay conexión entre la consagración de los objetos y la de los sacerdotes (cf. también Lv 8, 1ss).

ción es el momento propio de la consagración⁸, por la que les es conferido el sacerdocio sempiterno (cf. Ex 40, 12-15). La unción recibida tiene un efecto permanente (cf. Lv 10, 7; 21, 10-12; Nm 35, 25), de cara a la misión: enseñar la ley, bendecir en nombre del Señor y presidir el culto presentando la ofrenda a Dios en sacrificio por el pueblo (cf. Eclo 45, 15-17).

Dos siglos después, el rito de unción será empleado para los reyes. Es Yahvé el que elige a Saúl como rey y Samuel el encargado por Dios de ungirlo (cf. 1Sm 9, 16-17). Dios elige y unge a través de Samuel (cf. 1Sm 10, 1a; Eclo 46, 13) y él lo hace reconociendo la iniciativa divina: “¿No es Yahvé quien te ha ungido?” (1Sm 10, 1b). El objeto de la unción es la misión de gobernar al pueblo, preservándolo de todo peligro (cf. 1Sm 10, 1c).

Saúl recibe varias señales que confirman el poder de Dios sobre él (cf. 1Sm 10, 2ss), la última de ellas será el encuentro con un grupo de profetas en trance profético (cf. 1Sm 10, 5; 19, 20-24), que lo renovará totalmente. El rey es transformado en su propia humanidad, en su ser, debido a la presencia divina en él (cf. 1Sm 10, 7)⁹. Es el mismo, pero no es lo mismo. Será llamado “ungido” (1Sm 12, 3.5; 26, 9.11.16.23); y la unción, que lo constituirá hasta el fin de sus días (cf. 2Sm 1, 14.16), afecta a su ser personal¹⁰.

Sin embargo, el pecado (cf. 1Sm 15, 24ss) hará que el Espíritu se aparte de Saúl (1Sm 16, 14). Saúl pierde el don recibido, es decir la presencia del Espíritu y su misión regia, por rechazar a Yahvé (1Sm 15, 26). El pecado ha desconectado a Saúl de la gracia recibida y es guiado por el “espíritu malo de Yahvé” que lo atenaza, perturba y aterroriza (cf. 1Sm 16, 15-23; 18, 10; 19, 9). Por tanto, la elección y unción comportan que el ungido se someta al designio de Dios. Ha sido ungido para estar al servicio de la palabra de Yahvé (cf. 1Sm 15, 22-23). La unción conlleva la acción de Dios –que elige y unge a través del profeta– y la acción del hombre –que debe obedecer y seguir los

8 “Entonces tomarás el óleo de la unción, lo derramarás sobre su cabeza y así le ungirás” (Ex 29, 7; cf. Ex 28, 41; 29, 1-6; 30, 30-31; Lv 8, 2.12-13. 30; Nm 3, 3). El signo de la unción es completado con el rociamiento de la sangre del novillo inmolado. Con ambos serán rociados Aarón y sus hijos con sus vestiduras, para que ellos y sus vestiduras queden consagrados (cf. Ex 29, 21).

9 “Quedarás cambiado en otro hombre” (1Sm 10, 6); “le cambió Dios el corazón” (1Sm 10, 9).

10 Prueba del cambio experimentado es que Saúl entra en trance profético nuevamente. El Espíritu le ha concedido el carisma de profecía, lo cual suscita la escéptica sorpresa de sus ciudadanos (cf. 1Sm 10, 10-13).

mandatos divinos—. A la unción recibida por amor (cf. Sal 18, 51), el elegido debe responder correspondiendo a esa gracia. Si no hay colaboración con el don recibido, el don está (Saúl no deja de ser el “ungido del Señor”) pero no se manifiesta (puede más el “espíritu malo” que el “espíritu de Yahvé”). Con todo, Saúl no deja de ser el “ungido del Señor”, así lo respeta David, incluso pudiendo arrebatarse el trono (cf. 1Sm 24, 7.11).

La conexión aceite-Espíritu Santo se manifiesta de un modo aún más claro en la unción de David como rey. El menor de los hijos de Jesé (cf. 1Sm 16, 1ss) nada más ser ungido recibió el Espíritu de Dios (cf. 1Sm 16, 13) y con Él la fuerza divina (cf. Sal 28, 8; 89, 21-22; Mi 3, 8; Hab 3, 13; Zac 4, 6). Recibe el “óleo de alegría” por elección divina (cf. Sal 45, 8; Hb 1,9). A esta primera unción, que marca su ser para siempre, se le añaden otras para la misión¹¹. Sólo en este momento es cuando David reconoce públicamente la unción de cara al gobierno (cf. 2Sm 2, 7)¹². La primera unción afecta a la persona de David de un modo directo y tendrá un efecto perdurable: “Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahvé” (1Sm 16, 13). La consecuencia de la primera unción es la consagración de su ser y la presencia del Espíritu divino en él. Las unciones posteriores tienen que ver ya directamente con la misión de gobernar al pueblo en nombre de Dios, quien lo asiste y protege¹³.

El origen de la unción es la iniciativa de Yahvé¹⁴ que cuenta con mediadores¹⁵. En toda la dinastía davídica el profeta enviado por Dios para ungir al nuevo rey reconocerá la mano de Yahvé como el origen de la unción consagradoria del nuevo rey (cf. 1Re 19, 16; 2Re 9, 3.6.12). El rey, como el sacerdote, no habla ni actúa en su nombre, sino en el de Dios; es el Espíritu de

11 Es ungido para ser rey de Judá (cf. 2Sm 2, 4) y después como rey de Israel (cf. 2Sm 5, 3; 1 Cro 11, 3).

12 La conciencia de la unción será lo que mueva al rey David: “soy rey ungido” (2Sm 3, 39) y la que tengan en cuenta también sus enemigos (cf. 2Sm 5, 17; 1Cro 14, 8).

13 Dios conduce a su elegido y le acompaña en todas las batallas para salvarlo (cf. Sal 20, 7; 132, 17-18), lo cuida y protege (cf. Sal 84, 10; 105, 15; 1Cro 16, 22) frente al poder adversario (2Cro 22, 7).

14 “Así dice Yahvé Dios de Israel: ‘Yo te he ungido rey’” (2Sm 12, 7; cf. 2Sm 22, 51; 23, 1). El que atenta contra el consagrado por Dios, ataca a Dios mismo (cf. Sal 2, 2; 89, 52).

15 David fue ungido por Samuel. Salomón recibirá la unción del sacerdote Sadoq y el profeta Natán (cf. 1Re 1, 34. 39. 45; 1Cro 29, 22). Y así sucesivamente.

Yahvé el que habla por su boca (cf. 2Sm 23, 2). Por eso, ha de desaparecer él para que se manifieste el Señor. De ahí el sentido profundo de la purificación. En efecto, antes de ser ungidos, en el mismo rito de la unción, los sacerdotes son lavados o bañados con agua (cf. Ex 29, 4; Lv 8, 6)¹⁶. Como en la unción, la purificación tampoco es efectuada por el mismo individuo, sino por otro. De modo que, para entrar en el ámbito de lo sagrado y poder ser ungido el sacerdote es purificado de todo lo mundano. La purificación con el agua precede a la consagración con óleo, estableciéndose una relación entre el elemento purificador y el consacratorio. En el bautismo cristiano encontramos los dos elementos con funciones similares: el agua -que lava del pecado por la acción del Espíritu- y el crisma -que consagra al que ha sido purificado. De ahí que, como señala Cirilo de Jerusalén, la purificación y la unción con aceite veterotestamentaria de sacerdotes y reyes prefigura el bautismo¹⁷.

2. CRISTO, EL “ÓLEO PERFUMADO” DE LA NUEVA ALIANZA

2.1. LA UNCIÓN DE LOS PROFETAS Y JESUCRISTO

En la Antigua Alianza era necesario el aceite para la unción de sacerdotes y reyes. Pero en los profetas el Espíritu de Dios se infunde sin intervención material¹⁸. La unción profética es realidad, anuncio y prefiguración de la unción de Jesús. Esto se manifiesta claramente cuando Jesús hace suyas las palabras del Tercer Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido” (Is 61, 1; Lc 4, 18). La “unción invisible es el Espíritu Santo”¹⁹.

El ministerio profético tiene su fundamento en la presencia del Espíritu que “viene sobre” el profeta (2Cro 15, 1; 20, 14; Jc 3, 10; 11, 29; 15, 14),

16 Ver también Ez 16, 9. También se hace uso del aceite en sentido purificadorio (Lv 14, 24-29).

17 Cf. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógicas*, en: E. YARNOLD (ed.), *The early Church Fathers* (London 2000) 177-178.

18 La alusión a la unción en la transmisión de Elías a Eliseo del poder profético (cf. 1Re 19, 16; Eclo 48, 4.8) -y de su espíritu (2Re 2, 15)- es sin derramamiento de aceite. La sucesión profética se realiza por el gesto simbólico del manto (cf. 1Re 19, 19-21), que manifiesta el poder de Dios (cf. 2Re 2, 8-14) y en él vemos significado al Espíritu Santo.

19 AGUSTÍN DE HIPONA, *Comentario a la primera carta de S. Juan* 3, 12.

lo “reviste” (cf. Jc 6, 34; 1Cro 12, 19; 2Cro 24, 20), en una primera etapa de un modo puntual²⁰, pero después será permanentemente. Así, por ejemplo, en Daniel el Espíritu “reside” en él (cf. Dn 4, 5.15; 5, 11.14), lo asiste, sustenta, acompaña, lo “posee” (Dn 4, 6). De tal modo habita en él que forma parte de él²¹, es suyo²², lo recibe como don (gracia increada), pero queda inscrito en su naturaleza²³ (gracia creada).

El Espíritu profético, que se va manifestando crecientemente en el pueblo de Israel (cf. Joel 3, 1-3), se expande sobre los justos con una frescura nueva en torno al nacimiento del Señor como anticipación de la gracia que Cristo trae al mundo²⁴. Su objeto va a ser cada vez más el anuncio de la venida del Mesías al mundo lo cual se cumple de un modo singular en Juan Bautista²⁵.

2.2. LA ENCARNACIÓN.

El Verbo de Dios toma la carne humana de María y, por la acción del Espíritu Santo en esa carne virginal, la humanidad de Jesús es ungida con el Espíritu. El Espíritu es el “ungüento de gracia” que se derrama desde la encarnación del Señor al ser concebido Jesús en el seno de la Virgen²⁶. Así como al ser ungido el sacerdote del Antiguo Testamento el aceite cae por su rostro

20 Como se da en el tiempo del Éxodo (cf. Nm 11, 25; cf. vv. 26-29), momento en que será Moisés el único “profeta” permanente (Dt 34, 10).

21 Le distingue de los demás un “espíritu extraordinario” (Dn 6, 4); tiene el “santo espíritu” (Dn 13, 45).

22 Cf. SAN AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre el Espíritu Santo* III, 43 [16, 284].

23 Cf. E. TORAÑO LÓPEZ, *La teología de la gracia en Ambrosio de Milán* (Madrid 2006) 185-186.

24 Profetizan Isabel (cf. Lc 1, 41-42), Zacarías (cf. Lc 1, 67ss), Simeón (cf. Lc 2, 25-27) y Ana (cf. Lc 2, 36-38) movidos todos por el Espíritu Santo. De Simeón se dice que “estaba en él el Espíritu Santo” (Lc 2, 25).

25 El Precursor está “lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre” (Lc 1, 15). María visita a su prima Isabel y al llegar allí Isabel profetiza llena del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 39-55). Isabel es santificada por Cristo a través de Juan; ella recibe el Espíritu de su hijo, quien a su vez lo ha recibido de Cristo, pues Jesús es el único que puede santificar. El Espíritu Santo se desborda en María con gran fuerza por la presencia en su seno de Jesús. Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Exposición del Evangelio según San Lucas* II, 25 [11, 166]; I, 45 [11, 140].

26 Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Exposición sobre el Salmo 118* 3, 8 [9, 130].

(cf. Sal 133, 2), así también el óleo santo del Padre se derrama en el mundo cuando el Hijo se encarna²⁷. El Espíritu Santo es el óleo perfumado del Padre que estaba también en el Hijo y que con Él descende a la tierra en la encarnación para derramar la gracia espiritual.

Este “óleo santo”, el Espíritu Santo, viene sobre María cubriéndola²⁸. Al igual que hizo con el pueblo de Israel²⁹, la “sombra” de Dios, es decir el Espíritu Santo, invade a María para revelar su presencia y ella experimenta así la plenitud de la gracia y la protección divina³⁰.

Jesús es santo, no sólo por ser el Hijo de Dios, sino también porque se encarnó por obra del Espíritu Santo. Ya por la encarnación la carne de Jesús recibe la unción porque el Espíritu Santo ha sido infundido en ella³¹. La divinidad en Jesús toca su humanidad y la unge con el perfume del Espíritu Santo³². Jesús como hombre es ungido para que todo hombre pueda recibir la unción del Espíritu Santo. Pero como la carne humana está contaminada por el pecado, Jesús para poder santificarla primero tiene que purificarla. Son dos

27 “El ungüento del verdadero sacerdote, que desde la cabeza baja por la barba, esto es el perfume de gracia espiritual, el perfume del Padre que estaba en el Hijo y que descendió a la tierra en el misterio de la encarnación para impregnarlo todo en su efusión... e invadir las narices del alma para mostrar la diferencia entre el perfume y el hedor, entre la suavidad de los santos, que pueden exclamar: ‘nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo’ (2Co 2, 15) y el hedor de los pecadores” (Ib., *Exposición sobre el Salmo 118* 5, 34 [9, 226]).

28 Al ser “cubierto” con el manto de Elías es como Eliseo recibe el Espíritu (cf. 1Re 19, 19-21).

29 Dios “baja en la columna de nube” (Nm 12, 5; Dt 31, 5) y ahí “habla” (cf. Sal 99, 7) a su elegido. La columna de nube (cf. Ex 13, 21-22) es signo de la presencia del Espíritu Santo (cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre los sacramentos* I, 22 [17, 54]; *Exposición del Evangelio según San Lucas* X, 42 [12, 424]; *Sobre el Espíritu Santo* III, 21 [16, 276]).

30 La sombra en el Antiguo Testamento es símbolo de la asistencia de Dios (cf. Nm 14, 9), “guardián” (Sal 121, 5); es lugar de cobijo (cf. Sal 57, 2; 36, 8), refugio (cf. Sal 17, 8; 91, 1-2), seguridad (cf. Sal 63, 8) y protección (cf. Is 51, 16; Sb 19, 7). Estas características se dan en María al recibir la efusión del Espíritu. Ella experimenta la compañía de Dios, que la acompaña, protege, cuida, cobija, asiste y de un modo total y permanente.

31 Cf. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario al Evangelio de Juan* XI, 10 (PG 74, 537D-552AB).

32 “La carne de Cristo, como una realidad mortal envuelta por la luminosidad de la divinidad, ha tenido la protección de la gracia celeste... Blanco de la luminosidad divina, rojo en su aspecto de color humano que él ha asumido en el misterio de la encarnación. Y justamente también su parte roja está perfumada porque la carne de Cristo está sin pecado” (AMBROSIO DE MILÁN, *Exposición sobre el Salmo 118* 5, 8 [9, 202]).

finés diferenciados aunque unidos: la redención de la humanidad caída por el pecado y la santificación espiritual.

No se apropia de la carne humana de un modo extrínseco o aparente, sino “verdaderamente”³³. Pero como la carne humana real es pecadora Cristo, sin caer en el pecado, “se hace pecado” (cf. 2Co 5, 21) para tomar sobre sí nuestra culpa y borrarla en su carne³⁴. Cristo, sin cometer pecado, asume la condición de la humanidad pecadora (en su situación histórica real) para lavar el pecado con el que la carne humana había sido contagiada.

La gracia de Jesús al encarnarse es como el aceite perfumado que transmite la presencia del Espíritu Santo a la humanidad³⁵. El perfume del Ungido enviado por el Padre en la “plenitud de los tiempos” (cf. Ga 4, 4) trae al mundo un “perfume divino” con una dulzura sin igual, con un aroma que es nuevo. Cristo al encarnarse trae consigo un nuevo óleo perfumado: el Espíritu Santo. El Padre es “el que unge” a Cristo; Jesús es “el Ungido”, y el Espíritu Santo es “la unción”³⁶. No hace falta, por tanto, otro aceite, porque el Espíritu es el nuevo “óleo perfumado” que baja en Cristo a la tierra para ungir a la esposa (humanidad/Iglesia), es el “óleo de alegría” (cf. Sal 45, 8) que desciende con el Ungido para perfumar a la humanidad³⁷.

33 Cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los esmirnitas* 1.

34 Jesús toma *sobre sí* (*suscipere*, de un modo extrínseco) el pecado, pero ha asumido *en sí* (*adsumere*, de modo intrínseco) la naturaleza humana. Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Exposición sobre los Salmos* 43, 78 [8, 176-178]; 37, 5 [7, 260]; E. TORANO LÓPEZ, *La Teología de la gracia en Ambrosio de Milán*, 254, n. 191.

35 “Cuando llegó la plenitud de los tiempos y la esposa fue adulta, el Padre mandó a su Unigénito ungido por el Espíritu Santo a este mundo, ella sintió la fragancia del perfume divino y se dio cuenta de que todos los aromas que antes había usado eran muy inferiores en comparación con la dulzura de este nuevo y celestial perfume” (ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares*, I, 1, 2 [PG 13, 91A-B]; cf. *Id.*, I, 1, 3 [PG 13, 91D- 92 A-C]).

36 “En el mismo nombre de Cristo se suponen uno que ungió, el que fue ungido y la unción misma con la que fue ungido. Lo ungió el Padre, fue ungido el Hijo, en el Espíritu Santo, que es la unción; como dice la expresión de Isaías: ‘el Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ungió’ (Is 61, 1; Lc 4, 18)” (IRENEO DE LYON, *Contra los Herejes* III, 18, 3).

37 “El óleo material en ningún modo puede ser llamado ‘óleo de alegría’. En cambio este óleo, es decir el perfume del Espíritu Santo con el que ha sido ungido Cristo y cuyo olor ahora siente y admira la esposa, es llamado con razón óleo de alegría, porque la alegría es fruto del Espíritu (cf. Ga 5, 22)” (ORÍGENES, *Comentario al Cantar de los Cantares*, I, 1, 2).

Cuando Jesús se encarna la tierra se “impregna” del Espíritu Santo. Esta gracia espiritual derramada por la Trinidad penetra en las “narices” del alma (cf. Jb 27, 3; Gn 2, 7) para que pueda discernir con buen juicio el aroma bueno del malo y así escoger el buen olor de la gracia al hedor del pecado. Los santos son los que acogen al Espíritu y teniendo el “olor de la gracia” huelen a Cristo; en cambio los pecadores, al no haber acogido la gracia, permanecen en el mal olor del pecado. Por tanto, el olor de la gracia que Cristo infunde en el alma otorga el perdón de los pecados³⁸. Así, para que desaparezca la maldad es necesaria la venida de Cristo, pues sólo por la gracia de Cristo salvador el perdón es pleno.

La carne de Cristo manifiesta el resplandor de la gloria de Dios. Al encarnarse Cristo convierte la carne, que antes era terreno del pecado, en medio y posibilidad de salvación. El Señor viene en la amargura de la fragilidad humana para ungir la carne con su Espíritu de modo que así podamos gustar la dulzura de la gracia del Verbo. Cristo, al ungir la carne humana, no sólo la purifica del pecado, sino que la bendice y diviniza. Los Padres de la Iglesia, desde Ireneo insisten sobre todo en la divinización como el objeto principal de la encarnación: “el Verbo de Dios se ha hecho carne (Jn 1, 14) para que la carne llegue a ser dios”³⁹. Hay que notar, por tanto, que la presencia de la gracia espiritual en la carne de Cristo no solamente tiene una eficacia redentora en sentido negativo, es decir, como liberación del pecado, sino que afirmamos en positivo los beneficios que esta gracia trae para el hombre: la unción espiritual, la presencia del Espíritu Santo que santifica la humanidad. Jesús asume la misma carne humana que en Adán estaba manchada del veneno de la serpiente y el mal olor de la culpa para salvarla de las tentaciones del diablo y dotarla del perfume de la gracia del Espíritu Santo⁴⁰.

El sentido de la unción en la carne de Cristo es la unción de nuestra carne. Por eso, hemos de decir que la encarnación es un don de Dios. El Verbo es Dios por naturaleza. El Verbo se hace hombre por gracia. El Hijo de Dios se encarna para transmitirnos la gracia del Espíritu Santo que nos hace hijos del Padre. Jesús, en cuanto Dios, es Señor por naturaleza; en cuanto hom-

38 “El aceite es el fruto de la misericordia” (HILARIO DE POITIERS, *In Mathaeum* 5,2 [Sch 254, 150-152]).

39 Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre las vírgenes* I, 11 [14/I, 112].

40 Cf. Id., *Exposición sobre el Salmo 118* 1, 5 [9, 64-66].

bre, es nuestro hermano por gracia⁴¹. La gracia significa el don por el que el Hijo de Dios asume algo que no es ni necesita, pero que lo toma para nuestra salvación.

2.3. EL BAUTISMO EN EL JORDÁN

La unción espiritual en la humanidad de Cristo tras ser bautizado por Juan Bautista es el segundo momento clave en la vida de Jesús. Los sinópticos narran el descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en forma de paloma (cf. Mt 3, 16-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22), pero no hablan de “unción”. El término es explícito en Hch 10, 37-38: “Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él” (cf. Hch 4, 27-28). El Espíritu Santo toca la carne de Jesús para la misión.

Antes de la unción Jesús pasa por el bautismo penitencial joánico. Aunque no necesita purificarse, pues su carne es inmaculada, lo hace para darnos ejemplo y así enseñarnos el camino de la kénosis (cf. Flp 2, 7). En el Jordán lava en Él la carne pecadora y santifica el elemento del agua para que sea cauce de transmisión de la gracia en el sacramento del bautismo. Como los sacerdotes de la Antigua Alianza (que se purificaban con agua antes de ser ungidos), Jesús, el Sacerdote de la Nueva Alianza, primero recibe el lavado y luego la unción del Espíritu. Estos serán los dos momentos claves del bautismo cristiano: la purificación (con el agua) y la unción (con el crisma). Por tanto, en el Jordán la humanidad del Verbo recibe la unción del Espíritu Santo para que el ser humano por el bautismo pueda recibir, mediante la unción del crisma, el Espíritu Santo⁴².

El sentido de la unción de la naturaleza humana de Jesús en el Jordán es que todos los hombres reciban al Espíritu Santo⁴³. La carne de Jesús es un-

41 Cf. *Id.*, *Sobre los Patriarcas* 17 [4, 32].

42 “Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Mt 3, 11; Lc 3, 16). Cf. Mc 1, 8; Jn 1, 33. El bautismo con fuego y Espíritu para el perdón es prefigurado en el sacrificio de Elías (cf. 1R 18, 25-44) y en el de Nehemías (cf. 2M 1, 20-22. 31-32). Cf. CROMACIO DE AQUILEYA, *Sobre el Evangelio de S. Mateo*, Trat. 11, 1ss.

43 “Dios había prometido por boca de los profetas que en los últimos tiempos derramaría su Espíritu sobre sus siervos y siervas, y que éstos también profetizarían (cf. Joel 3, 1ss). Por esto

gida para que ésta se acostumbre al Espíritu, con vistas a que todo hombre reciba la efusión del Espíritu Santo. El Espíritu penetra en la humanidad de Jesús, habita en ella y así la carne humana se va santificando. De este modo se cumple el plan divino que quiere que todos los hombres se salven (cf. 1Tim 2, 4) y sean “santos” (Lv 11, 44; 11, 45; 19, 2; 20, 7. 26).

La humanidad tiene carácter de mediación. Es tal la fuerza del Espíritu que su acción se transmite a través del cuerpo de Jesús, de todos sus miembros corporales, llegando incluso a la orla de su manto⁴⁴. El poder salvífico de Jesús se realiza a través de su humanidad, que es, en este sentido, sacramento (signo) de la acción de salvación de Dios con su pueblo.

2.4. LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

Jesús en la cruz se rompe para que se derrame la gracia sobre el mundo. El óleo perfumado del Ungido se esparce por toda la tierra cuando erguido en la cruz derrama su sangre para la salvación del género humano. En Jesús crucificado se cumple el gesto profético de María de Betania al romper el frasco de perfume para ungir a Jesús (cf. Mc 14, 3). En la cruz no es un recipiente, sino el mismo Jesús quien se parte para expandir el aroma de la gracia. ¿Con qué fin? Al igual que en Betania “la casa se llenó del olor del perfume” (Jn 12, 3), así desde la cruz el Ungido llena al mundo de su fragancia. La finalidad es derramar sobre el mundo la gracia del Espíritu.

El olor de la gracia que Cristo había derramado con su encarnación, se vuelve a esparcir por todo el mundo cuando su carne se eleva en el árbol de la cruz. El perfume del Ungido elimina el mal olor que se había apoderado de la humanidad. Así como la flor que se corta no sólo conserva su perfume sino que lo propaga de un modo más intenso, así Cristo machacado en

descendió el Espíritu Santo sobre el Hijo de Dios, que se había hecho hijo del hombre, para habituarse así, permaneciendo en él, a convivir con el género humano, a reposar sobre los hombres y a residir en la obra plasmada por las manos de Dios, realizando así en el hombre la voluntad del Padre y renovándolo, haciéndolo pasar de lo viejo a la novedad creada en Cristo” (IRENEO, *Contra las herejías*, III, 17, 1 [Sch 211, 328]).

44 El manto de Jesús tiene capacidad de curar (cf. Mt 9, 20-21; 14, 36; Mc 5, 27-28). Nos recuerda el manto que cubre a Eliseo (cf. 1Re 19, 19-21) y la sombra del Espíritu Santo que cubre a María (cf. Lc 1, 35).

la cruz no se marchita y poseído por el Espíritu Santo exhala sobre los muertos el don de la vida eterna⁴⁵. Las llagas de Cristo no son malolientes, sino que expanden el buen olor del Ungido; de la del costado surge una fuente de agua viva (cf. Jn 19, 34) que trae la salvación a todo aquel que bebe de ella (cf. Is 12, 3; Sal 75, 9)⁴⁶.

El sentido último de la pasión es dar vida para que los muertos vuelvan a tener el buen olor de Cristo. Por eso, el perfume que derrama Jesús sobre la cruz no es diferente del que comunica con su resurrección, ya que el objeto de ambos momentos consiste en vivificar al mundo. La carne humana, maloliente por el pecado, puede recibir el buen olor de Cristo gracias a su muerte y resurrección⁴⁷. Cristo es el “Primogénito de entre los muertos” (Col 1, 18; Ap 1, 5), es el primero en resucitar para que todos resucitemos con Él (cf. 2Co 4, 14; Col 2, 12; 3, 1). La humanidad de Jesús en la resurrección es plenamente glorificada y abre así el camino para que todo hombre al resucitar reciba en su carne la plenitud del Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN:

La humanidad de Cristo es el “óleo perfumado” de la nueva Alianza que comunica el “óleo santo” del Espíritu divino. En las distintas etapas, desde la encarnación hasta su glorificación, el sentido de la unción en la humanidad de Cristo es nuestra divinización. El origen de la unción es la iniciativa de Yahvé, pero exige la respuesta humana personal. Así, las vírgenes sensatas reciben la santificación por cuidar, mantener y hacer crecer la santidad inicial recibida. Esto viene expresado con el aceite conservado, signo de la presencia del Espíritu Santo en ellas, que no se puede compartir, porque no es posible delegar la respuesta al don del Espíritu recibido.

45 Cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Sobre el Espíritu Santo* II, 39-40 [16, 188].

46 Cf. ID., *Exposición sobre los Salmos* 37, 32 [7, 292].

47 ID., *Exposición sobre el Salmo 118* 18, 22 [10, 262]: “‘Sus labios son lirios que destilan mirra fluida’ (Ct 5, 13). La mirra indica el unguento de la pasión y la gracia de la resurrección: ella infunde el perfume de la vida a los cuerpos de los muertos”.

La unción espiritual de Cristo recoge el significado simbólico del óleo veterotestamentario y lo da plenitud. En el Antiguo Testamento el óleo de la unción es elemento santificante por designio divino, cuyo efecto es la invasión del Espíritu de Dios, que transforma completamente al ungido con vistas a una misión. El aceite es signo de la asistencia y protección del Espíritu divino, que acompaña, cuida, cobija, sustenta y toma al elegido para que pueda desempeñar en el nombre de Yahvé su ministerio. En el Nuevo Testamento, la unción de Cristo por el Espíritu va transformando progresivamente su humanidad y hace posible de un modo nuevo y pleno que todo el que participa de esta unción sea renovado.

Esta participación en el “óleo de Cristo” se da a través de la Iglesia, ya sea por el medio ordinario de los sacramentos (especialmente a través del signo de la unción del crisma), como por otros cauces que el Espíritu elige para ungir el corazón humano. Su obra lleva a que el ungido reciba una identidad nueva que afecta a su ser y hace posible su santidad. Al ser poseído por el Espíritu deja de ser para sí mismo para ser pertenencia de Dios y con esta transformación puede vivir plenamente la misión a la que es llamado. La presencia envolvente y totalizante del Espíritu permite que el hombre viva como “nueva criatura”, “hombre nuevo”, revestido de Cristo e inhabitado por el Espíritu Santo.